

voces como: ateísmo, humildad, obediencia, santidad, etc., entre los temas de los que el Santo Padre habló en varias ocasiones durante 1980.

La traducción de la redacción de *L'Osservatore Romano* está bien cuidada y es muy fiel al texto original. Quizá se introdujeron varios italianismos, no sólo en la terminología sino también en las construcciones sintácticas.

La impresión es esmerada y pulcra, hasta el empleo de un buen papel y un tipo de letra agradable de leer. El único problema es la endeble encuadernación para unos libros de frecuente consulta como son los tomos que comentamos.

No cabe duda de que el inmenso caudal de doctrina teológica, moral, espiritual, pastoral, disciplinar y social que el Santo Padre nos brinda en sus escritos y alocuciones llegará a un mayor número de fieles de lengua española gracias a la edición que nos ofrece la Biblioteca de Autores Cristianos. Y esta obra contribuirá a que sea una realidad el deseo expresado por el encargado de la misma en la presentación: que las enseñanzas de Juan Pablo II se hagan realidad «en la Iglesia, en la sociedad, en la vida de los hombres. La palabra del Papa no ha de caer en el vacío. Hay que sintonizar con ella, hay que basarse en las certidumbres que nos da. Y siguiendo esta palabra, en fidelidad total a ella, hay que realizar generosamente la tarea de renovación y evangelización a la que la Iglesia está lanzada con juvenil entusiasmo bajo la guía del Supremo Pastor» (p. VII).

JAVIER RODRÍGUEZ

Gilbert ADLER y Gérard VOGELISEN, *Un siècle de catéchèse en France: 1893-1980. Histoire — Déplacements — Enjeux*, Paris, Editions Beauchesne («Collection de Théologie Historique», 60), 1981, 601 pp., 13,5 x 21,5.

Esta voluminosa obra se estructura en tres partes y doce capítulos. Sus autores son los profesores Gilbert Adler y Gérard Vogeleisen, del Instituto de Pedagogía Religiosa de la Facultad de Teología Católica de Estrasburgo. Su descripción nos mostrará el objeto y sentido de este *balance* de un siglo de catequesis en Francia que, como señalan en su subtítulo, pretende hacer la historia, señalar los cambios y mostrar los planteamientos de la catequesis francesa a lo largo de los últimos cien años.

La primera parte —titulada *L'objet de la foi exposé*— abarca cinco capítulos. En los tres primeros se analiza el Catecismo nacional francés de 1937 y su nueva edición de 1947, considerando tanto los avatares y razones que llevaron a la elaboración de estos dos Catecismos —que tanta influencia tuvieron sobre otros catecismos «nacionales» de nuestro siglo—, como el modelo catequético «subyacente», que quedará tipificado por los autores como Catecismo *du savoir* (p. 117).

La segunda parte, denominada *La préoccupation du sujet* analiza el *movimiento* catequista, que tuvo en Francia algunas de las figuras más

destacadas, y que sin duda ha influido mucho en la catequética actual, por su poder divulgador y también de asimilación de las nuevas corrientes pedagógicas aplicadas a la catequesis. Los diversos autores y corrientes francesas de este movimiento se estudian en tres capítulos: los antecedentes del movimiento (desde 1893 a 1945), viendo autores como Charles Quinet, Marie Fargues, André Boyer, etc.; el tiempo de las «aperturas» (1945-1964), centrado sobre todo en la figura de Joseph Colomb; y finalmente se analiza lo que llama el tiempo de «las consolidaciones» (1964-1970). Este último período se centra en la aparición del nuevo Catecismo nacional francés, entendido no como un texto único, sino como un conjunto de orientaciones y sugerencias para la redacción de diversos materiales según las regiones, elaborados en los años 1967 y 1968.

El último capítulo de esta segunda parte es el más extenso y en él se plantean algunos de los grandes temas que tienen hoy mayor actualidad, p. ej., la concepción de fondo de los nuevos catecismos o instrumentos para la catequesis, centrados en el análisis de la experiencia humana según la denominada catequesis antropológica. Asimismo las deficiencias teológicas, pedagógicas y catequéticas observadas en este modelo de catequesis —lo que Adler y Vogeleisen denominan fracaso de tales textos y catequesis— plantea el interrogante de si hay que volver atrás, perfeccionar lo presente o ir en otra dirección. La solución que adoptan los autores es dar un «paso adelante» en ese «movimiento» catequético; así se justifica la tercera parte del libro que reseñamos.

La tercera parte se titula *L'articulation d'une Parole*, y comprende los cinco capítulos más densos de toda la obra. Su misma descripción llevará inevitablemente un cierto juicio de valor sobre su contenido. Está concebida como el centro de la obra y su finalidad es «poner los fundamentos actuales de una teoría del acto catequético» (p. 14). Precisamente para ello era preciso «descifrar el sentido y el alcance de su historia reciente (2.^a parte); y ésta a su vez no se comprende si no se conoce la situación inicial que, en las contradicciones internas de su propia lógica ha hecho inevitables las evoluciones posteriores (1.^a parte)» (p. 14). Y, como se señala al final de la introducción a toda la obra, «este trabajo, nacido como un proyecto de hacer el balance de una práctica, buscará al final formular un método para nuevos itinerarios...» (p. 14). Precisamente la tercera parte formulará el itinerario prometido.

El capítulo IX —*Situations*— intenta un análisis de las corrientes educativas, catequéticas y teológicas de estos últimos años, centrado especialmente en autores franceses. El resumen y la orientación de los juicios que se hacen a esa situación está bien expresada en uno de los epígrafes: *De la crise des valeurs aux valeurs de la crise* (p. 361). Según los Autores, la catequética necesita construcciones provisionales, ya que «ningún progreso se puede realizar si se quiere ser fiel a un hombre que cambia» (p. 314). Así, no puede hablarse de una catequesis centrada en lo esencial, como se pedía en la Asamblea Plenaria del Episcopado Francés de 1976, a la que se cita con cierta distancia y crítica (pp. 311-312). Las coordenadas en las que hay que fijarse —dicen— para construir, son las nuevas técnicas de la dinámica de grupos y la no-directividad desarrollada por Carl Rogers, aplicadas después al campo educativo y catequético por muchos autores.

Habría que fijarse también en las ideas surgidas de la revolución de mayo de 1968: descolarización, ruptura con las instituciones, anti-metodismo, etc. Finalmente sería preciso fijarse en las corrientes pastorales que piensan que toda su acción debe orientarse a los no-creyentes, pasando del «*mécroyant à l'incroyant de bonne foi*» y de «*l'incroyant de bonne foi à la «foi de l'incroyant*» (p. 344 y 349). Arracando de estas «situaciones», los capítulos X y XI esbozan dos temas a modo de «proposiciones»: primero, la finalidad de la catequesis; segundo, las modalidades de la misma catequesis.

El punto de partida para encontrar la nueva finalidad de la catequesis será encontrar una nueva hermenéutica del *sentido (sens)* de las cosas: para ello tratan de ver los pasos que llevaron a la ruptura con el sentido o razón de las cosas, y encontrar una nueva «dialéctica del sentido», para llegar finalmente a ver cómo esta nueva dimensión del sentido modifica la catequesis en sus finalidades. Resulta significativa esta frase: «En cuanto al sentido de la vida, nosotros pensamos que la vida no puede ser propuesta como algo acabado, como un absoluto preexistente al hombre de hoy, so pena que alienemos al hombre. Por consiguiente, el hombre debe elaborar el sentido de su propia existencia, no aceptándola como un don preestablecido a su experiencia» (pp. 364-365).

Las finalidades de la catequesis serán, por tanto, impartir la palabra y abrir una posibilidad de elección; crear en los que participan una actitud de elegir y ejercer más que un don a conseguir. En definitiva, no se trata de lograr que los demás posean la verdad, sino de realizar una función de circulación y diálogo dentro de la Iglesia (cfr. pp. 405-416). Y se concluye lo siguiente: «Visto bajo el ángulo de sus objetivos y finalidades, la catequesis es un acto educativo, un lugar de ejercicio y de experiencia de una práctica necesaria a la fe; la articulación de un lenguaje de la fe. La producción de este lenguaje efectúa, debido al mismo movimiento y por las puestas en relación que los determinan respectivamente, un discurso coherente y una comunicación significativa» (p. 415). De tal manera que, por una parte, «la catequesis se puede definir como un lugar de aprendizaje de un lenguaje» (p. 415) y por otro, «que la catequesis no da la fe, sino que construye modestamente el lugar donde los hombres aprenden y se ejercitan en elegir, elaborar, articular, compartir el sentido de la existencia cristiana, tal como puede ser dicha en la esperanza de la Palabra» (p. 416).

El capítulo XI expone la segunda «reflexión»: las modalidades de la catequesis. Trata de ofrecer al catequista los instrumentos de comprensión, análisis y crítica de la acción cotidiana. Los Autores señalan, en primer lugar, cómo la catequesis es un acto de formación que mira a la mejor autonomización posible de los catequizandos dentro de la comunidad cristiana. La catequesis no es, dicen, «ni indoctrinamiento, ni reclutamiento, ni simpatía de fusiones, ni simple adaptación al niño, ni pura información, ni sólo testimonio; la catequesis ejerce su influencia formativa sobre los actores en presencia: catequizados y catequistas» (p. 420). En este sentido el catequista será sólo un «actor privilegiado» del acto de formación (cfr. p. 428). En segundo lugar se señala cómo «el acto catequético realiza su intención formativa por la puesta en articulación de los tres polos que definen el espacio de su despliegue: el sujeto de la fe, del objeto de la fe

y el de la institución. Esta puesta en articulación da al animador un papel de mediador» (p. 441). Al hablar del objeto de la fe es significativo lo que se dice como conclusión: «En lugar de partir de la unidad de la formulación para fundamentar la unidad eclesial, se podría hablar de una unidad eclesial que se debe realizar en vistas de la fe. Así expresado, la fe, finalidad de la catequesis, no es ya un *terminus*, ella toma las formas de una asíntota» (p. 447).

Si el catequista antes era actor, en esta nueva visión será *mediador* entre esos tres polos en los que se articula la catequesis. Vistas así las cosas, es evidente que los instrumentos de trabajo de la catequesis y de la formación de los catequistas deberán cambiar: ya no se puede hablar de un cuestionario único (como el Catecismo de 1937/47), ni de un libro para el maestro que le propone de forma acabada el desarrollo de una sesión (como los textos del nuevo Catecismo de 1966/68); los nuevos textos no dicen al educador lo que debe exponer, sino que le proponen por una parte las diferentes maneras posibles de entrar en relación con el grupo; y por otra, le ofrecen un conjunto de textos que el catequista utilizará a su gusto (cfr. pp. 452-453).

Finalmente, señalan cómo la catequesis será un acto de producción de la comunidad: «La relación entre la catequesis y la comunidad eclesial global se sitúa en un juego dialéctico entre la comunidad cristiana, como lugar donde se origina y se desarrolla una catequesis y la catequesis como lugar donde se origina y desarrolla una comunidad» (p. 456). El grupo será pues un lugar privilegiado del acto catequético (pp. 457-462); será un grupo especial dentro de la Iglesia, con una cierta «marginación desde el interior de la misma» (pp. 462-468). En este contexto se plantea, brevemente, el tema de la relación entre sacramentos y catequesis (pp. 468-472).

La conclusión de este capítulo XI es la siguiente: «La catequesis, como acto de formación, de puesta en articulación, de producción de la comunidad, instituye la fe en acto, en los diversos momentos de su actividad» (p. 473).

El último capítulo se titula: *Positions. Méthodologie d'une Catéchétique*. En él los autores tratan de recoger todo el análisis anterior y sentar las bases de una cierta catequética «autónoma». Es el capítulo con el que tratan de justificar las elecciones que han hecho a lo largo de toda la obra, así como la posición desde la que han ido criticando los cien años de catequesis en Francia y, de alguna manera, al conjunto de la catequesis en la Iglesia. Y así, al llegar el momento de definir una metodología catequética, los Autores señalan que el concepto de método que ellos tienen no es el «de un programa que señale las etapas u operaciones que deben cumplirse sino la búsqueda en vistas a alcanzar un fin» (p. 476). Se trata de «un método que se debe inventar» (p. 488), de tal forma que «hay que aceptar caminar sin camino, hacer camino al andar» (p. 495) citando a Antonio Machado; la catequesis será parecida a una labor de «bricolage» (p. 508), que no tiene plan preestablecido; los catequistas deberán ser «actores» y «practicantes» (*praticiens*), además de «investigadores» (p. 520). De ahí que la catequética no puede ser más que un diálogo entre «practicantes» y «analistas» (p. 521). Y más adelante señalarán que «la catequesis es el lugar de la enunciación de un sentido cristiano, de la ela-

boración crítica de un lenguaje de la fe» (p. 529). Como dirán al final de toda la obra, su *modelo* o tercera etapa de la catequética (las otras dos son las descritas en la primera y segunda parte) es un «dibujo esbozado, deliberadamente abierto a lo que pueda suceder; ello constituye una especie de croquis evocador, un esbozo estimulante para la investigación y la acción» (p. 533).

El libro termina con trece páginas a modo de conclusión, en las que los autores hablan de «la catequesis de ayer a mañana», señalando que uno de sus objetivos ha sido «buscar una autonomía de la catequesis de forma que ella pueda responder de sí misma» (p. 522). Y ya casi al final se dice que se ha pretendido un doble fin: «Romper con los discursos repetitivos y encantadores sobre la catequesis, para favorecer su dominio y autonomía y clarificar sus finalidades y modalidades» (p. 536).

Una obra de este estilo exigiría un análisis más exhaustivo del que se puede hacer desde estas páginas; sin embargo reseñamos algunos puntos.

Existe sin duda una gran preocupación por parte de los profesores Adler y Vogeleisen por hacer una crítica profunda y objetiva de esos cien años de catequesis en Francia: ellos han participado con sus trabajos y estudios en esa historia durante los últimos veinte años. Sin embargo, pensamos que la crítica que hacen a la primera parte de estos cien años —hasta 1947— es excesivamente dura, e injusta en muchos de sus puntos. Son juicios un tanto estereotipados, acusando al Catecismo Nacional francés de 1937 —y a su revisión de 1947, así como al Catecismo de la Diócesis de Estrasburgo de ese mismo año— de ser intelectual, racional, abstracto, una lección de cosas religiosas, ajeno a la realidad, etc. Sin duda los autores advierten y señalan que «una crítica a un texto del año 1937 con una mentalidad de hoy es un tanto anacrónico» (p. 46). El modelo que ven bajo este «instrumento» —pues no hay que olvidar que así se han presentado, y que fueron considerados por la Jerarquía como tales «instrumentos»— es el de una «ortodoxia de catálogo» (p. 74); «se hace abstracción del sujeto en sí mismo» (p. 77); «la fe queda sin el misterio» (p. 79); la «Iglesia se reduce a una sociedad a la que se pertenece» (p. 82). El único objeto de tal Catecismo, dicen, es el *saber* y su *único* objetivo luchar contra la ignorancia; de ahí que se titule el Capítulo V, colofón de toda esta primera parte: *Le Catéchisme du savoir* (pp. 117-140).

Es evidente que con estas categorías simplificadoras, el juicio final sobre años tan importantes de la catequesis es demasiado simple y reductor: dicen que la preocupación por salvaguardar las verdades de la fe y transmitir las fielmente ha hecho olvidar al sujeto, esterilizando la misma acción de la catequesis. Había, dicen, que romper con lo anterior para que entrara la «revolución educativa» en la catequesis.

Es indudable que desde la perspectiva en la que nosotros nos situamos hoy en día, había aspectos de la catequesis de aquellos años que podemos considerar superados; pero quizá es un poco ingenuo considerar que todo aquello estaba radicalmente equivocado. Sorprende mucho no encontrar en el libro que reseñamos —una obra publicada en 1981— ni una sola referencia a pie de página, o en la bibliografía final, a la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae* del 16 de octubre de 1979. El mismo Sínodo de 1977, que el Romano Pontífice tuvo muy en cuenta

para este documento, es citado muy parcialmente. En general el Magisterio y los documentos de los Obispos casi no aparecen.

Decíamos que sorprende que no se utilice la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II sobre la catequesis porque en ella se exponen con claridad muchos de los puntos que en este libro aparecen problematizados: es más, sobre todos ellos se aportan en el documento de Juan Pablo II luces para encontrar soluciones adecuadas: el cristocentrismo en la catequesis; su naturaleza, finalidades y objetivos; catequesis y sacramentos; fuentes y contenido de la catequesis; destinatarios de la misma; métodos y medios que pueden emplearse en la catequesis; relación métodos-contenido; el lenguaje y la experiencia en catequesis; el tema de la inculturación; la necesidad de memorización; relaciones catequesis-teología; modos deformados de entender la fe actualmente; la identidad cristiana que debe afirmar la catequesis; cómo la catequesis es una tarea que nos concierne a todos; etc.

Pasando a la segunda parte, nuestras observaciones son parecidas: se advierte que los autores han tenido mayor acceso a la documentación sobre este período histórico, tan rico en iniciativas e ilusiones y, por desgracia, también plagado de lamentos y errores. Como decíamos, los autores han sido además protagonistas del llamado movimiento de renovación de la catequesis. De forma muy desigual se acercan a los diversos autores que dieron vida a este vasto movimiento, y de forma también diversa se enjuician los diversos acontecimientos de estos años: la crisis de 1957, el Directorio de catequesis francés de 1964, etc. Son sin duda interesantes los juicios sobre los nuevos textos —el nuevo Catecismo francés— de los años 66-68, y la crítica que se hace de la experiencia humana y de la catequesis llamada antropológica. No obstante, nos parece que tampoco en este caso se llega al fondo de la cuestión, pues según Adler y Vogeleisen, además de otros defectos, los nuevos textos y planteamientos han resultado en parte un fracaso porque no acertaron en la elección de experiencias significativas.

El problema de la catequesis antropocéntrica plantea dificultades mucho más profundas que una simple elección de experiencias o la forma de llevarlas a la práctica. Recientemente el Cardenal Joseph Ratzinger decía que, con semejante planteamiento «ya no se tiene el coraje de presentar la fe como un todo orgánico en sí mismo, sino sólo como reflejos escogidos de experiencias antropológicas parciales, que en último análisis se basan en cierta desconfianza respecto a la totalidad. Esto se explica por una crisis de la fe, de la fe común a la Iglesia de todos los tiempos» (Conferencia pronunciada en Lyon y París, 15-16 de enero de 1983, publicada en «Scripta Theológica», 15/1, 1983, pp. 9-29).

Respecto a la última parte del libro, aparte de las consideraciones hechas al hilo de nuestra descripción, querríamos señalar que la hipótesis allí planteada parece más bien una construcción un tanto teórica, que no experiencia vivida; una hipótesis de trabajo que, en el campo de la catequesis, ofrece innumerables problemas: la metodología de grupos, la no-directividad de Carl Rogers, la descolarización de Ivan Illich, la nueva lingüística, el psicoanálisis; las nuevas orientaciones de teólogos y pastoralistas respecto al concepto de fe, dogma y la misma Iglesia; fuentes so-

bre las que se basa gran parte de la crítica y posterior teorización. Todas estas corrientes e ideas deben ser mucho más matizadas y en estos momentos no parece que resistan una crítica demasiado severa.

Pensamos que el libro, muy erudito, bien presentado y punto de referencia para historiar la catequesis en Francia, hace un juicio demasiado negativo e injusto de tantos años de esfuerzos. Como decía el Cardenal Ratzinger, «fue un primero y grave error suprimir el Catecismo y declarar *superado* el género mismo del catecismo. Ciertamente, el catecismo como libro no llegó a ser usual hasta los tiempos de la Reforma. Pero la transmisión de la fe, como estructura fundamental nacida de la lógica de la fe, es tan antigua como el catecumenado, es decir, tan antigua como la propia Iglesia. Se deriva de la naturaleza misma de su misión y no se puede renunciar a ella». Hay que volver, decía, más adelante, a las cuatro piezas maestras «indispensables para la fe y para la Iglesia que son: el Símbolo de los Apóstoles, los sacramentos, el Decálogo, la Oración del Señor». Y Juan Pablo II escribía en la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae*: La catequesis «es la educación de la fe de los niños, de los jóvenes y adultos, que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático, con miras a iniciarles en la plenitud de la vida cristiana» (n. 18). Y más adelante aclaraba: «Frente a las dificultades prácticas, hay que subrayar algunas características de esta enseñanza: debe ser una enseñanza sistemática, ni improvisada, siguiendo un programa que le permita llegar a un fin preciso; una enseñanza elemental (...) pero completa (...); una iniciativa cristiana integral» (n. 21). Y concluye este número diciendo: «Insisto en la necesidad de una enseñanza cristiana orgánica y sistemática, dado que desde distintos puntos se intenta minimizar su importancia» (n. 21).

En definitiva, la concepción de fondo que estos autores desvelan a lo largo de su obra y especialmente en las últimas páginas es, junto al reduccionismo antropológico, lograr una «autonomía» de la catequesis. Pero autonomía ¿de qué? nos preguntamos. La catequesis hay que situarla dentro de la actividad pastoral y misionera de la Iglesia, como se repite en los últimos documentos del Magisterio (cfr. *Directorio general de la catequesis*, n. 17 ss.; Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, *passim*, y n. 40 especialmente; Exh. Ap. *Catechesi tradendae*, n. 18 ss.). Fuera de ella la catequesis deja de ser *momento* de la Evangelización y *medio* para alcanzar la madurez en la fe de los bautizados, que crece siempre en la Iglesia. Estos y otros puntos que hemos recogido a lo largo de esas líneas, plantean serias dudas sobre la concepción catequética de estos Autores y por tanto del juicio que hacen de los cien años de catequesis en Francia.

JAIME PUJOL